

Alejandro Agostinelli

ARGENTINA X

A person wearing a red hooded jacket and jeans stands in profile, facing right. The background is a blurred landscape with mountains and water. The title 'ARGENTINA X' is overlaid on the image, with 'ARGENTINA' in blue and 'X' in blue inside a red circle.

UN CRONISTA A LA CAZA DE FANTASMAS,
ALIENÍGENAS Y DEMONIOS



POPULAR 1004

NO FICCIÓN

COLECCIÓN POPULAR

1004

ARGENTINA X

ALEJANDRO AGOSTINELLI

ARGENTINA X

Un cronista a la caza de fantasmas,
alienígenas y demonios



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2025

Agostinelli, Alejandro

Argentina X : un cronista a la caza de fantasmas, alienígenas y demonios / Alejandro Agostinelli. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2025.

233 p. ; 14 × 21 cm. - (Colección Popular)

ISBN 978-987-719-591-0

1. Fenómenos Paranormales. 2. Experiencias Paranormales.
3. Ovnis. I. Título.

CDD 130

Distribución mundial

D.R. © 2025, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Armado de tapa: Juan Balaguer

Diagramación de interior: Hernán Morfese

Corrección: Edna Goldman

ISBN: 978-987-719-591-0

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Prólogo</i>	13
<i>El cronista de nuestra caleidoscópica paranormalidad</i> <i>(o una indagación a través del “lado C” de nuestra cultura),</i> <i>por Alejandro Frigerio.</i>	23
I. <i>Las poseídas de Salavina</i>	27
II. <i>Pobre diablo.</i>	43
III. <i>Un fantasma en la red</i>	55
IV. <i>Resurrección en Traslasierra</i>	69
V. <i>El caso Venier, o las piedras de la locura</i>	81
VI. <i>Una familia embrujada.</i>	95
VII. <i>Clatú y los enanitos verdes</i>	105
VIII. <i>La nave que arrasó a los hormigueros</i>	119
IX. <i>Kropp, el profeta del magnesio</i>	127
X. <i>El gurú sónico</i>	149
XI. <i>Lágrimas de santo</i>	163
XII. <i>Socialismo interplanetario</i>	167
XIII. <i>Vignati, el cronista que vino del futuro.</i>	187
XIV. <i>Fabio Zerpa, el primer audaz.</i>	197
<i>Epílogo. Un demogorgon en el cielorrasso</i>	231

A mi familia, en especial a ellas.

AGRADECIMIENTOS

A Tomás Morrison, por su preciosa ayuda en la investigación. Otros amigos, otras amigas, me acompañaron, me ayudaron o me apoyaron en estas peripecias: Marcelo Acuña, Osmar Arredondo, Alicia Beltrami, Carlos Busqued (†), Mariano Cognigni, Juan Manuel Corbetta, Fernando Chulak, Guillermo David, Soledad Di Luca, Nahuel G. Dimarco Bustos, Gimena Fernández, Oscar A. Galíndez, Rubén Garibotti, Moisés Garrido, Andy Gittlitz, Magrio González, Luis R. González, Auri Gorrosurreta, Marcelo Iglesias, Silvia Itkin, Paulo Lage, Darío La Vega, Darío Lavia, Gastón Levin, Raúl J. López, Pablo López Kaiserian, Pablo Lozano, Lucía Manucci, Marcelo Massarino, Miguel Ángel Ortiz, Luis Pacheco, Marcelo Pesaresi (†), Cristian Quintili, Alejandro Ravazzola, Germán Rimancus, Francisco Rinaldi, Pablo Robledo, Carlos Sainz, Daniel Sargatal, Carlos Abel Suárez, Claudio Omar Rodríguez (†), Sergio Sánchez Rodríguez, Lorena Sciaratta, Gabriela Semmartin, Santiago Slabý, Fernando Jorge Soto Roland y Diego Zúñiga.

Agradezco a Gastón Levin, Yanina Gómez Cernadas y Marina D'Eramo, del Fondo de Cultura Económica, por el amor que le pusieron a la edición.

También quedo especialmente agradecido con Alejandro Frigerio, por ayudarme a entender el libro, y con Rey Sietecase, por su lectura generosa. Y mi profunda gratitud a mi talentoso amigo, Daniel Riera. Sin su apoyo, lectura crítica y colaboración, este libro no existiría. En cada mérito ruego recordar que ahí estuvo la mirada, la sugerencia y, más de una vez, la escritura o reescritura de Dany.

Gracias, por último, a cada entrevistado. Por el tiempo, la confianza y la amabilidad con que siempre he sido recibido.

PRÓLOGO

“No nos interesan tanto los extraterrestres como las historias de extraterrestres”, escribió el periodista Javier Aguirre a propósito de *Miedo pizza mito champán*, un documental sobre los ovnis en la televisión de 1990. Sin desdeñar al público al que, efectivamente, le interesan los extraterrestres, Aguirre profesa una afición por disfrutar, e incluso escribir, historias extrañas, a menudo al borde de lo maravilloso, protagonizada por gente real.

Más que un matiz, esa distinción abre un abanico de reflexiones. A muchos nos apasiona creer en la existencia de cosas, eventos y fenómenos extraordinarios, intangibles y a veces posibles; por otro carril, nos atraen las ficciones basadas en hechos reales.

Ahora bien, ¿no son aún más fascinantes las historias reales? Los relatos de sucesos fantásticos narrados por personas de carne y hueso, con identidad verificable, cuya convicción a veces desafía nuestra concepción materialista, nos hace dudar entre la verdad y la fantasía, y nos interpela por la zona borrosa entre ambas. Estos relatos, mal o bien documentados, entran por los poros de la sociedad e influyen directamente en nuestras creencias.

No necesitamos ser cristianos ni contar con pruebas fehacientes sobre la historicidad de Jesús para apreciar su relevancia cultural: su biografía, sus enseñanzas, y todo lo humano y sobrehumano que se ha dicho sobre él son un acontecimiento central en la historia del arte, la literatura, la filosofía y la cultura occidental. Tampoco necesitamos pruebas sobre la existencia de la posesión diabólica para que se nos estruje el alma cuando vemos girar la cabeza de Regan en *El exorcista*, la película inspirada en un capítulo de la vida del adolescente estadounidense Ronald Edwin Hunkeler, supuesta víctima de una posesión que simuló para no ir a la escuela —travesura que no le impidió recibirse de ingeniero, emplearse en la NASA y contribuir al exitoso alunizaje de la misión *Apolo 11*—.

El debate sobre la figura de Jesús y otros líderes religiosos históricos nos remite a aquellos gurúes modernos que afirman poseer cualidades excepcionales.

La humanidad sigue buscando referentes éticos o espirituales a imagen y semejanza del fundador del cristianismo. ¿Qué sucede cuando las enseñanzas y prácticas de estos nuevos profetas encuentran una audiencia receptiva? Esta posibilidad me ha impulsado a ir a visitarlos, no importa cuán extravagantes resulten sus afirmaciones. Sus promesas de salvación, sus intentos por crear comunidades, las geografías que eligen para construirlas, el tipo de respuestas que ofrecen a sus seguidores: asistir a ese proceso en vivo es alucinante. He intentado, también, presenciar las mismas manifestaciones paranormales que asombran a sus protagonistas. Del mismo modo, cuando estos eventos se han disipado, trato de saber más sobre cómo maduró en sus vidas la experiencia. Esta curiosidad trasciende mi trabajo periodístico: si no estoy lejos y puedo, quiero ir a ver, escuchar y aprender.

El siguiente paso es el ejercicio de un escepticismo informado, que combina la duda con una disposición a investigar a fondo, sin olvidar que hablamos de personas que cuentan historias en las que están emocionalmente comprometidas y las que no siempre podemos verificar. Aun así, el trabajo del periodista no es solo buscar la verdad; también la debe contextualizar y entender cómo las creencias, las relaciones y los valores sociales dan forma a las historias que cuenta la gente.

Pese a que es más conocido mi interés por la ufología, mi vocación por explorar casos presuntamente inexplicados no tiene límites temáticos. Se aplica a fenómenos psíquicos, apariciones, visiones milagrosas e incluso a las vidas increíbles de algunas personalidades, trátense de poetas enamorados de los platívolos, de marxianos o de gurúes apocalípticos.

Así, a lo largo de mi vida me he encontrado con historias asombrosas, estremecedoras, instructivas, cómicas —y sigue un largo etcétera—; siempre estoy seguro de que ellas no perderán su “magia” más allá de si pueden corroborarse o no, de si alguien puede ofrecer alguna evidencia a su favor o no, de si los expertos en cada caso tienen razón o no.

El valor de estos testimonios alucinantes trasciende su validación científica; a veces, las experiencias —personales y

siempre sociales— pueden ser más interesantes que nuestra capacidad para establecer su credibilidad. La tarea del cronista no garantizará descubrir la genuina extrañeza de estos casos ni alcanzará para extender un certificado de defunción. Por eso son crónicas: la “verdad” es una tensión, el horizonte que guía la búsqueda; a menudo he comprobado que la ruta y el destino son caras de una misma moneda.

UN CRISOL DE EMOCIONES

Las sociedades —urbanas o rurales, centrales o periféricas, religiosas o seculares— adoptan diversas, cambiantes e incluso pintorescas posturas frente a los informes de eventos inusuales. Sin embargo, todos parecemos necesitar tener una opinión formada sobre estas experiencias, mucho más si son ajenas, y hay que ver qué pasa si son propias.

Así, una casa embrujada puede asociarse a una matanza espantosa; el veredicto sobre un caso de *poltergeist* podría depender tanto de la educación o del cariño que ha recibido un niño, como el protagonista de la lluvia de piedras que azotó una casita en General Madariaga. Un pibe, señalado como “agente causal”, fue estigmatizado por vecinos y medios de comunicación —una crueldad, aunque tuvieran razón—. El pavor a lo desconocido de los comisarios y bomberos dejó surcos en el asfalto, y confirmó con su reacción de pánico la presunta extrañeza de los sucesos. Otros casos que parecen similares terminan por derivar en reflexiones totalmente distintas. Como la historia de los Vernier, en Río Tercero, o la resurrección en Traslasierra, donde un pueblo se mantuvo en vilo alrededor de una muerte dudosa hasta que un periodista apuntó el micrófono a la tumba y exigió: “Si estás vivo, golpeá tres veces”. O apariciones fantasmales 3.0 relatadas en vivo desde una red social, en un episodio que recuerda cuánto les importa a los medios constatar los acontecimientos que publican.

Otras formas de fe son las expresiones de religiosidad extrainstitucional, experiencias o prácticas que tienen una vida fuera de las organizaciones religiosas; apariciones donde el fenómeno ya no es la virgen en el tanque de agua, sino una

manifestación inesperada, como la imagen de San Expedito que sollozó en Chascomús.

Los presuntos contactados con extraterrestres tampoco se rinden en pleno siglo xxi. Cerca del cerro Uritorco, Antarel, líder del Centro de Comando Erks, llegó a construir su refugio libre de todo mal, donde ofrecía a sus seguidores terrenos a precios sagrados. Pese a que su caso ocultaba una trama aún más inquietante, no pocos continuaban adorándolo como a un mesías.

A veces, para entender a un profeta contemporáneo hay que entrevistarlo durante lustros y descubrir que, tras haber cumplido en su vida las aspiraciones más fastuosas, el día que tuvo un mano a mano con Dios lo único que quiso pedirle fue un amor y un *motorhome*. Otras veces me las tuve que arreglar para escribir el perfil de un “especialista histórico” del esoterismo y la cultura plativolista rioplatense, Fabio Zerpa, quien nunca me quiso recibir, con razón, por haber formulado sobre él alguna expresión poco amistosa.

El impacto de estas historias suele estar determinado por la etiqueta o el juicio más o menos apresurado de los medios. La posible explicación de un misterio rara vez juega un papel decisivo en la aceptación popular. La mayoría elige creer. El esfuerzo de los escépticos nunca es suficiente para derrumbar su vigencia cultural: les pasan por encima tanto a quienes revolean los ojos y reprimen una mueca burlona como a quienes intentan cerrar el expediente ofreciendo ásperas explicaciones científicas. El gran público se interesa más por los detalles coloridos de estos relatos —el resplandor de la aparición, la estatura del monstruo o lo prodigioso del milagro— que por el significado emocional, la relación de los testigos con la experiencia, la repercusión de la noticia en la sociedad o incluso el descubrimiento de las causas mismas de la experiencia.

Idéntica advertencia se aplica cuando el testigo es el cronista. A veces, al llegar a un pueblo donde la ferocidad de los fenómenos parece haber menguado, basta con pisar “suelo maldito” para reactivar, por pura presencia, el ciclón de los mil demonios. O adentrarse en un caso floreciente, entre ráfagas de asombro e incredulidad, solo para descubrir, casi por casualidad, sus raíces podridas. Sin perder de vista que, muchas veces, el cronista queda preguntándose qué pasó.

No existen sucesos ni vivencias que se puedan describir a pedir de boca, pero la retórica nunca debe estar por delante del esfuerzo por encontrar las palabras adecuadas: el sano ejercicio de buscar el lenguaje más preciso para narrar la odisea vivida por los actores de estos sucesos. No respetar sus testimonios, sus creencias y el resto de su bagaje es menospreciar el relato de vivencias complejas; además, implica una subestimación de la capacidad del lector o del espectador para comprender la textura que estas experiencias transmiten.

La superficialidad displicente o el sensacionalismo corrompen lo que estos casos excepcionales enseñan sobre la naturaleza humana. ¿De qué hablo? Para darse cuenta, basta leer titulares, noticias o ver a ciertos *youtubers* que reinventan la prensa amarilla de fines del siglo xix.

El investigador no puede despojarse de su propia subjetividad a la hora de oficiar de intermediario entre *eso* que las personas aseguran haber vivido y lo que quedará para después o, quizás, pendiente para siempre: saber qué cosa significan estas experiencias.

Si bien nuestra subjetividad está presente en todo proceso de interpretación, el cronista deberá hacer lo posible por minimizar su intervención —no enriquecer, no exaltar, no degradar— en relatos cuya belleza se encuentra en su estado natural, cuando aún son folclore y no fueron devorados por el refrito ni la tergiversación.

Ese respeto hacia la narración de la vivencia ajena, por fantástica que pueda parecer, es la base material de nuestro género. ¿Y si hay indicios de que se lo están inventando? ¿Qué hacer? El cronista quiere ser un notario. Ante la sospecha de invención o mala fe, ¿debemos postergar la publicación a la espera de otras confirmaciones? El veredicto concluyente puede no aparecer. A menudo, llegar a alguna parte es imposible. Casi como adivinar intenciones, quizá es lo más difícil de establecer en cualquier conversación. Llegados a ese punto, lo recomendable es soltar.

La mayoría de las personas que informa sobre experiencias mágicas, sobrenaturales o espirituales tiende a ser sincera. La carga cultural o simbólica de su relato corre por una

vía distinta a la de la fantasía descarriada. No siempre son caminos paralelos, a veces se cruzan, pero siguen su propio curso creando historias singulares, a veces irrepetibles.

La verosimilitud de estas representaciones obedece a marcas tangibles de lo fantástico en el mundo real, donde interactúan otros testigos, agentes sociales y portavoces —eso somos los cronistas—. Los testimonios sobre estas experiencias, que forman parte de un todo más grande con fronteras numinosas, casi siempre son contemplados dentro de un marco de referencia pertinente, predefinido: si las noticias sobre lo inexplicado no han recibido un nombre, con frecuencia encontrarán su destino en el fondo de un cesto de residuos.

A la vez, hay acontecimientos perfectamente explicables que, gracias a un tropiezo del azar o de la imaginación, logran erigirse en hitos históricos. Pero las contradicciones son tantas que la controversia persiste y probablemente no perderá vigencia.

Un ejemplo de esto es el caso de Dionisio Llanca, un testigo sin memoria, quien, tras una experiencia inusual, es prácticamente arreado por una junta médica que parece más convencida que él mismo de que fue abducido por extraterrestres. Nadie sabe si el protagonista miente, pero un “estudio” lleno de especulaciones e influencias le otorga un matiz distintivo: le presta a la idea alienígena “superpoderes explicativos”, y ningún descubrimiento posterior logrará evitar que la versión más fantástica quede implantada en la memoria colectiva. O el caso de una comarca sacudida por una invasión de fenómenos multifacéticos, donde unos enanitos verdes pueden ser interpretados indistintamente como marcianos, duendes o criaturas urbanas, como el Dientudo, moviéndose en un terreno que desafía cualquier intento de clasificación.

FICCIONES PLEBEYAS

A mi modo de ver, esta casuística merece ser trabajada con el mismo rigor que cualquier otro tema de interés periodístico. Abordar estos casos con desdén, sin aprecio por la frescura del testimonio original, es denigrar a sus protagonistas, lo mismo que pretender que sus vivencias —únicas, insólitas y parte

esencial de su subjetividad— no difieren de las que engrosan la literatura de ciencia ficción o la fantasía, géneros que ya tienen sus propios artifices, analistas y estantes en las librerías.

Hay barrios aquerenciados a fantasmagorías.

Sus habitantes no reproducen lo mismo que vieron en una película: diseñan sus propias narrativas. Y vale la aclaración porque no estamos ante eventos *factoides*, el neologismo definido por Norman Mailer como “algo que parece ser un hecho, podría ser un hecho, pero no lo es”. Esto sería confundir las ficciones realistas *de autor* con el testimonio espontáneo de quienes han vivido una experiencia fantástica que consideran real.

Hay una ciencia ficción, un terror y un fantástico plebeyo, universos narrativos populares que no han surgido de plumas ejemplares sino del relato asustado, creativo y repentista de personas comunes, muchas veces incapaces de tomar una lapicera para escribir su vivencia. Estas narraciones surgen en los barrios, en una anécdota de sobremesa de la tía Clotilde sobre su juventud espiritista, o en la confidencia del vecino que jura haber sentido una presencia alienígena mientras trataba de conciliar el sueño.

Estas historias no necesitan de conocimientos de astrofísica ni laboratorios de alta tecnología para ser contadas: basta con un televisor viejo que se encienda solo o con un corte de luz en medio de la noche para que una casa de un barrio del conurbano se convierta en escenario del misterio.

Lo que estos relatos podrían tener de imaginación, ingenuidad e incluso de error lo tienen de democráticos: no nacen para académicos ni para un público selecto, sino para quienes desean creer que *la verdad está ahí fuera*, a la vuelta de la esquina, avivando el fogón de la cultura y alimentando una industria que ha creado un género nuevo, llamado *realismo fantástico* en el siglo xx y conocido en el siglo xxi como *ocultura*.

Lo que antes era un artículo periodístico hoy se reduce a un efímero *reel* en Instagram o crece, con los ornamentos clásicos del sensacionalismo, en el History Channel. Cargados de suspenso, la nueva presentación de estos relatos mantiene del viejo formato la voz autorizada de expertos y la estructura solemne del misterio. Si bien trato de mantenerme lejos de esas prácticas, ese barrial es inseparable del paisaje.

Alejandro Frigerio leyó este libro, pero no mi prólogo. Para no repetir ideas, tampoco releí su generoso análisis. Sin embargo, recuerdo que “el lado c” de nuestra cultura, ajeno a la ciencia y a las instituciones religiosas, es una especie de zoológico a cielo abierto de lo innombrable: todas aquellas experiencias, fenómenos y creencias que están por fuera de lo que las ciencias sociales saben cómo clasificar.

El escenario típico de un caso de *poltergeist* suele ser un barrio humilde o una zona rural, especialmente cuando las interpretaciones se vinculan con la religión —como en casos de “posesión diabólica”— o con la parapsicología popular, bajo el rótulo de “casas embrujadas”. Estas perspectivas suelen ser propuestas por teólogos, exorcistas o parapsicólogos que han intervenido en estos contextos. Un *poltergeist*, por definición, es un “espíritu ruidoso”, expresión que lo asocia mayormente con el Más Allá, los entes desencarnados y las almas en pena que con eventuales energías o fuerzas paranormales originadas en la psique humana.

El término “paranormal” se hizo más frecuente cuando fue acuñado por Hollywood. Los parapsicólogos no tuvieron la misma suerte. El nombre de su disciplina hoy está asociado con la adivinación popular, el engaño e incluso la estafa, lo que hizo fracasar el proyecto de conquistar la credibilidad de la comunidad científica.

Han surgido términos menos cargados de connotaciones sobrenaturales, como “anómalo” o “anomalístico”. Estos conceptos parten de la premisa de que “lo que no es normal” podría, con el tiempo, encontrar una explicación entre los fenómenos conocidos. Esto podría darse ya sea porque alguien descubra patrones psicológicos que esclarezcan el fenómeno, o porque se detecte, una vez más, una confusión o una interpretación singular de eventos mundanos.

Pero este es un libro de crónicas y perfiles, sin pretensiones teóricas. No existe un término capaz de englobar el conjunto.

Llamémoslas “sobrenaturales”, “paranormales” o “anómalas”, las experiencias que abordo en este libro parecen desafiar no tanto los conocimientos de un periodista —lo cual sería sencillo—, como los de diversos especialistas que han intentado interpretarlas, muchas veces desde perspectivas alejadas de un enfoque científico.

Escribí gran parte de estas crónicas después de un viaje por provincias del centro y del noroeste argentino durante el verano de 2018. Viajé solo, sin cámaras ni compañía, con la intención de experimentar de cerca aquello que deseaba contar. Aunque en algunos casos busqué respuestas —como en la historia de “las poseídas de Salavina”, donde las circunstancias lo pedían a gritos—, mi prioridad no fue encontrar explicaciones científicas. Más bien, quise dejarme sorprender por narraciones que forman parte de una mitología en constante desarrollo.

Hoy, mis dos deseos principales son haber respetado las voces de los protagonistas y haber capturado el interés del eventual lector. Hay una larga cola de historias que esperan ser contadas. No oculto mi impaciencia por reincidir. Si bien muchos misterios no tienen fecha de vencimiento, los autores no podemos decir lo mismo. Esta última idea encierra una intención: quienes cultivamos este género esperamos con ilusión el recambio generacional. Por eso, despertar la curiosidad del lector es también una forma de diseminar la pasión por indagar estos eventos con rigor periodístico, sin añadir fantasías, humor ni espantos a los que brotan por sí solos de estas historias.

Porque detrás de cada dato insólito, de cada testimonio improbable, siempre late la posibilidad de un hallazgo. Y quizás, en el fondo, ese sea el anhelo mayor: haber sido capaz de transmitir ese entusiasmo.

EL CRONISTA DE NUESTRA CALEIDOSCÓPICA PARANORMALIDAD (O UNA INDAGACIÓN A TRAVÉS DEL “LADO C” DE NUESTRA CULTURA)

“QUIERO creer” era el leitmotiv de Fox Mulder, según se leía en el famoso póster que tenía en su oficina. “Quiero narrar” parece ser, por el contrario, la intención de Alejandro Agostinelli. En ocasiones, “quiero explicar”, cuando en algunos relatos sugiere, cautelosamente, hipótesis o estudios científicos que pueden estar relacionados con el caso que relata.

En la mayor parte del libro, Alejandro navega con éxito entre la credulidad de Fox Mulder y el escepticismo de Dana Scully. Quizás a la manera de un *antropólogo de lo paranormal*, su lema también podría ser “quiero comprender”, juntando las numerosas piezas del rompecabezas de las experiencias extra-cotidianas —inquietantes, maravillosas, terribles— de una cantidad de personas comunes cuyos relatos o testimonios recogió a lo largo de buena parte del territorio nacional. Mayormente en pueblitos, más o menos (des)conocidos, pero también en el Gran Buenos Aires, en grandes capitales como Rosario o hasta en edificios vandalizados por fantasmas en la ciudad de Buenos Aires. Vista desde la antropología, la dificultad de este “quiero comprender” a través de la escucha atenta y de la reconstrucción histórica de los testimonios de los protagonistas radica en que ni ellos mismos parecen haber logrado entender las posibles causas ni la naturaleza “real” de sus experiencias *paranormales* —los nativos están tan faltos de explicaciones como los estudiosos que quieren *comprenderlas*—.

¿Qué sería lo “paranormal”? Una definición simple de diccionario señala que “paranormal” sería “lo que no se puede explicar científicamente porque no se ajusta a las leyes de la naturaleza”. Esta definición, sin embargo, ignora lo que los antropólogos y sociólogos de la religión constatamos cada vez más: en nuestras sociedades latinoamericanas (pero no solo en ellas) buena parte de la población vive en mundos

encantados en los cuales las leyes de la naturaleza comprendidas desde la ciencia se doblan, se difuminan o son mayormente desconocidas e irrelevantes. La realidad cotidiana para muchos connacionales está fuertemente afectada por el accionar de seres y potencias suprahumanas cuya inverosimilitud o imposibilidad científica no las torna irrelevantes dentro de su experiencia. Apelar meramente al “pensamiento mágico” como explicación de este fenómeno ignora la compleja dimensión social y construcción intersubjetiva de los mundos encantados.

Pero, entonces, ¿sería posible hablar de lo “paranormal” aun dentro de cosmovisiones encantadas? Aunque el libro no cuestiona ni define lo paranormal, los relatos muestran los numerosos cruces de definiciones de la realidad que intentan especificar qué es la “normalidad”, la “anormalidad” y la “paranormalidad” en la experiencia de los sectores populares —y no tanto—. Por estas páginas desfilan distintos actores que procuran dar sentido a las experiencias inquietantes narradas por los protagonistas de las historias, y que muchas veces intentan encauzarlas nuevamente hacia la “normalidad”: videntes, parapsicólogos, curas, ufólogos, pastores evangélicos, *pais* o *maes* de santo afroumbandistas.

Este listado de actores sociales puede leerse (a excepción de los curas) como un verdadero “lado b” de nuestra cultura, o, aún mejor, un “lado c”. Podemos pensar que el “lado a” de nuestra cultura —y de nuestro mundo— está definido por la ciencia y, en menor medida, por las religiones socialmente legitimadas. El “lado b” sería el propuesto por la religiosidad popular que, tomando libre y creativamente elementos de la ciencia y de las religiones legitimadas, supone un mundo encantado donde habitarían y actuarían seres espirituales diversos (muchos propuestos por el catolicismo pero resignificados en otras matrices de sentidos). También serían parte importante de este mundo encantado energías positivas y negativas que afectarían continuamente la vida de las personas: la envidia, el mal de ojo, las malas ondas, los trabajos espirituales negativos —y los positivos—.

Este “lado b” no está avalado ni por la ciencia ni por la religión (católica). Pero es una fuerza social cuya existencia por lo general se reconoce y con la cual los agentes de la cien-

cia y la religión intentan lidiar “educando” a los portadores de estas cosmovisiones encantadas para llevarlos a aceptar la inevitable realidad de nuestro mundo secularizado y desencantado —un emprendimiento poco efectivo—.

Buena parte de los relatos del libro, sin embargo, dan cuenta de algo aún más allá de este mundo encantado: precisamente ese “lado c” de nuestra cultura, que no está comprendido en, ni explicado por, el mundo encantado de la cultura popular (un mundo encantado que, hay que aclarar, no se limita solo a los sectores populares: el libro muestra bien la conjunción de creencias místico-nuevaéricas-plativo-listas en grupos de clase media que se reúnen o viven en las sierras de Córdoba; en estos, y en contextos urbanos, la difusión de creencias y prácticas de la nueva era hace que las energías curadoras, los seres suprahumanos y las interconexiones holistas —entre distintos seres, entre planos de la realidad diferentes para la ciencia pero que en estas cosmovisiones están interconectados— sigan a la orden del día en sectores sociales que están lejos de ser “populares”).

Los eventos propios del “lado c” que narra este libro son hasta difíciles de nombrar porque las explicaciones posibles están lejos de ser unívocas: oscilan entre la posesión demoníaca, el *poltergeist*, los duendes y los extraterrestres, entre otras posibilidades. Quienes los experimentan casi nunca pueden hacer sentido de lo que les sucede: los seres suprahumanos de la cultura popular no los causan ni pueden pararlos, y las energías negativas que los afectan resultan innombrables y desconocidas —salvo por el caso de “trabajos espirituales” o de magia negra, categorías que nunca son propuestas por los afectados pero que comprenden—. El arsenal “normal” de seres, poderes y estrategias de quienes habitan mundos encantados —nuestro “lado b” de la cultura— no son suficientes para detener —ni para comprender, ni siquiera para nombrar— a las fuerzas extraordinarias que están volviendo su vida un caos.

Los afectados deben, por lo tanto, recurrir a distintos “especialistas” que les son recomendados o que se van ofreciendo para intentar reparar esta brecha de la normalidad y que dan explicaciones comprensibles y convincentes de lo que sucedió y de sus causas. Las entrevistas posteriores de Ale-

jandro con los afectados muestran que, tiempo después, siguen sin poder nombrar o explicar los sucesos pero que, al menos, estos no se han repetido. Intentan olvidarlos y no pocas veces ocultarlos de nuevos vecinos o de sus propios hijos ya crecidos.

La brecha de la “normalidad”, si no explicada, al menos ha sido reparada —pero tampoco están seguros de por quién—. Las explicaciones acerca de quiénes tuvieron una intervención exitosa (el cura párroco, el pastor, el o la vidente) varían de acuerdo a quien se consulte. La realidad sigue siendo caleidoscópica: múltiple y cambiante. Alejandro a veces sugiere alguna explicación (catalepsia, por ejemplo), pero se limita mayormente a transmitir la manera en que los eventos fueron difundidos por los medios y cómo los protagonistas o los testigos los reevalúan años después —a veces, hasta el punto de negarlos—. En ocasiones no parece haber un “cierre” (cognitivo, una comprensión unívoca y certera) de lo que sucedió, sino que apenas hay un respiro: “ya no sucede más”.

El “lado c” sigue sin explicación —o las explicaciones son múltiples y somos nosotros quienes debemos elegir alguna—. Alejandro Agostinelli, el cronista por excelencia de lo paranormal en nuestra sociedad, apenas oficia de cauto y, quizás por eso mismo, de sabio guía para que nos adentremos en la realidad (¿?) cotidiana de experiencias que solo conocíamos en la pantalla de los cines.

ALEJANDRO FRIGERIO

Antropólogo, investigador del CONICET, profesor de Sociología de la Religión de FLACSO y de la UCA

Alejandro Agostinelli sabe contar. Sin ese atributo, ninguna historia, real o ficticia, tiene su supervivencia garantizada. Desde las jóvenes poseídas de Salavina hasta el ovni que visitó un parque de Rosario, pasando por los defensores del socialismo interplanetario o la biografía no autorizada de Fabio Zerpa, sus relatos son puro disfrute. En las catorce historias de *Argentina X* vuelve a aplicar su método de manera eficaz: observación personal, despliegue de datos, recopilación de testimonios, consideración del contexto. El periodista riguroso convive con el buen escritor de manera fraterna. Su estilo es simple y directo, con abundancia de detalles, pero sin regodeos ni malabarismos.

Agostinelli hace periodismo desde su primera juventud y en casi todos los formatos, siempre haciendo foco en la heterodoxia científica y en los fenómenos paranormales. Se acerca a ellos para entender, no para juzgar. Indaga sobre "la verdad de los hechos" sin temor a las consecuencias posibles que su actitud, en vías de extinción, le pueda causar. Y aunque cumple con un involuntario rol desmitificador, tiene el don de empatizar con la misma convicción con el testigo sincero o con el último de los fabuladores.

Reynaldo Sietecase

ISBN 978-987-719-591-0



9 789877 195910